

Reseñas

Práctica de la adjetividad

PARDO, José Luis, *La intimidad*. Pre-textos, Valencia, 1996.

Además del lenguaje habitual, ése que más bien se deja guiar y llevar por lo que resulta corriente, parece tan natural y es tan rentable representativamente, el lenguaje de determinados textos pone en evidencia que no es infrecuente en ciertos discursos filosóficos, y por eso menos dados, que se prodiguen términos que casi habrían olvidado que son palabras. José Luis Pardo se ha ocupado en distintas ocasiones de liberar en ellas sus propias e inauditas posibilidades. No simplemente mediante la sustantivación de ciertos adjetivos, sino a través de su conceptualización con sabores inusuales: *exterioridad*, *banalidad*, *intimidad*... Y siempre precedidos por un significativo artículo de distinción, de definición, de diferencia, un determinado trazo de su (una palabra más) *singularidad*. No se busca con ello conducir una intuición a concepto, sino, más acá de un mero proceso de abstracción, conceptualizar. No en vano resuena en este texto de nuestro mejor lector de Deleuze, lector *con* Deleuze, que no otra cosa es la filosofía, sino “la producción de conceptos”. Dicha producción no tiene lugar, sin más, a través de un laborioso trabajo de composición, ni se reduce a alumbrar aquello cuya única garantía se ciñera a los dolores que conlleva. Se experimenta en un cierto terreno que siempre se ofrece suficientemente acotado. No son espacios de segu-

ridad, son campos de relación. Pronto comienza a comprenderse que si se trata de algo es en la medida en que no es algo otro, no es así sino de otro modo, no debe confundirse con, ni ha de reducirse a, no basta con identificarlo con... en un movimiento de desterritorialización y reterritorialización que prácticamente desplaza de modo sucesivo al lector, pero con un cuidado y una sencillez que acompañan, casi acunan, al ritmo peligroso y atractivo del doble devenir. Y entonces no basta con dejarse llevar.

Los textos, si bien se leen con aparente comodidad, son exigentes. Y, en efecto, reclaman. Y convocan. “Pensar es experimentar, pero la experimentación es siempre lo que se está haciendo: lo nuevo, lo destacable, lo interesante, que sustituyen a la apariencia de verdad y que son más exigentes que ella. Lo que se está haciendo no es lo que acaba, aunque tampoco es lo que empieza” (Gilles Deleuze y Félix Guattari: *¿Qué es filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 1993, pág. 112). La palabra más bien se ofrece en su ir deviniendo y no podemos limitarnos a asistir al espectáculo. No hay nada que ver, a menos que uno mismo... Tal parece ser que la confesión inicial (“Declaro, pues, que no soy un experto en la intimidad –y espero que esto alivie al lector en lugar de preocuparle– sino más bien todo lo contrario. Creo que algunos me describirían como un devoto filosófico de la exterioridad”) fuerza al propio lector a corresponder con una declaración en la que ya desde las primeras líneas queda involucrado, y quizá con un *yo* extraviado, como sujeto esfumado. Pardo no elude, sin embargo, lo que en ello se abre, hablando de “seres humanos”, lo que no ha de identificarse sin más filosóficamente con “hombres”. Es esta esfumación la que reclama responsabilidad, la de hacerse cargo de la verdad acerca de sí mismo, y eso es precisamente, para Pardo, la intimidad.

Se nos convoca de este modo a lo que podría denominarse “*una filosofía de la adjetividad*”. No contra la objetividad, sino en compañía de un irse haciendo en el que el acento está en la capacidad de la producción y no simplemente en el concepto. Entre otras buenas razones porque dicha producción no es ni algo al margen de él, ni indiferente, sino verdad de su contenido. Tal parecería que éste cuaja como permanente producción, más en su declinar que en su llegar a ser producto. Es este declinar del adjetivo, su desviarse o decaer de la forma básica, el que nos ofrece la palabra que tanto buscamos y necesitamos. Un declinar, concretamente, de la tercera declinación, aquella latina de la que provienen tantos sustantivos abstractos, no como inviabilidad de su concreción, sino como potencia del mismo proceso. *Exterioridad, banalidad, intimidad*, es como si el propio llegar a ser llegara a ser propio, como si se abrieran los frutos de lo adjetivo y remitieran a su fructificar. El estar haciéndose de la palabra es tarea filosófica permanente y es cuestión de un verdadero gestar.

A partir de tal planteamiento, se torna fecunda una cierta familiaridad –no

tópica— con diversos asuntos hoy especialmente relevantes, la mismidad, la alteridad que, junto con la estupefacción, corresponden a los tres momentos de la intimidad que, a su vez, replican a los tres fenómenos que nos sostienen en la existencia: el espacio (íntimo), el tiempo (íntimo) y el arte (de sí mismo). Pero la familiaridad ha de experimentarse. Y para ello necesitamos de la compañía de tantos otros textos presentes en el que ahora nos ocupa y no forzosamente explicitados. Lejos de un yo fuerte nucleado por “el hueso opaco, macizo, impenetrable, corazón nuclear y semilla germinal”, se reclama el sabor y el brillo del lenguaje. No es entonces, simplemente, un yo que se funda a sí mismo, ni la pura quiebra de él, se abre la necesidad de que la intimidad se diga, se experimente, para ser. Porque el fondo es ahora, a la par, superficie, “la intimidad, más que presentarse como una condición del lenguaje, aparece como un *efecto* suyo. Pero un efecto tan necesario que su falta es suficiente para que el lenguaje deje de ser una lengua efectivamente hablada por seres humanos. Ahora bien, ese fondo (o más bien doble fondo) de intimidad cuya sombra se añade a la superficie brillante del significado público de las palabras, ese doblez del lenguaje, no siendo lo que nos hace posible hablar con otros, es sin embargo lo único que hace que hablar con otros nos merezca la pena o, dicho de otro modo, nos guste.” (pág. 53). ¿Qué hace que hablar con otros nos guste? Quizá también una cierta compañía de sí mismo. La intimidad no hace posible el lenguaje —para eso está la ciudad, nos recuerda Pardo— pero lo hace real, le confiere ser. Y es aquí donde las recurrencias y sugerencias son en verdad claras y fecundas. Sin intimidad podría haber lenguaje, pero nadie podría (además de que nadie querría) hablarlo. Con todo, la intimidad aparece en el lenguaje como lo que el lenguaje no puede (sino que quiere) decir. La intimidad es lo que callamos cuando hablamos. Así que, además de una vida pública, las palabras tienen también una vida íntima. Es esta capacidad de declinar del lenguaje, de su caída en la tercera declinación, la que atisba su reinsurrección en la singularidad de nuestras palabras, abstracta substantivación, concreta adjetividad.

La intimidad resulta ahora un texto, y un texto singular. Puede decirse, convencional pero adecuadamente, que los asuntos que aborda son siempre de claro alcance filosófico, y no necesariamente manidos. Nos encontramos en los temas, en los asuntos, en las conversaciones de la filosofía. Pero se siente un desplazamiento, incluso un desgarrón respecto de posiciones convencionales. Y se experimenta, además, en los ecos de un estilo con claras resonancias que, a pesar de ello, no siempre resulta posible explicitar. El modo de incorporar ciertos textos, diversos tonos, algunas citas, viene a ser tan singular que se cree intervenir en un coloquio en el que el propio lenguaje coloquial no es reconocible. Es como si la vida ocurriera sin que el propio lenguaje lo impidiera, incluso hiciera posible lo invariable en ella. Y siempre una presencia de ese quehacer de lo cualquiera, que

no indiferencia, antes bien procura lo irrepitible que se repite –como tal irrepitible– en cada uno. Es ese *cualquiera*, sin embargo *cada uno* en una comunidad sin seno, una comunidad de diferentes, quien aprende en ella, con ella, a ser semejante (ser uno y a la par otro, es decir, no igual a sí mismo), a tener semblante. Ser *a la par* confirma que no todo este asunto se agota con alcanzar a decir *yo*. “No tengo intimidad porque yo sepa quién soy, sino porque soy aquél para quien nunca se agota el sentido de la pregunta ¿quién soy?, el saber de sí mismo, el saber acerca de la falta de saber, de la inconsistencia de la propia existencia, el saber (el sabor) de la intimidad.” (pág. 51) Alteridad, comunidad, otredad, mismidad, Bataille, Blanchot, Agamben... y en realidad el permanente brotar de los textos que configuran lo que nos convoca a diferenciarnos y nos da que pensar. De este modo, la adjetivación ya no se reduce a ser un añadido que se adjunta, dado que aplica, afecta y abre los espacios de la concordancia y la compañía. Así se atisba en *La intimidad* lo que cabría leer como relación entre *adjetividad* y *afectividad*, las vías de la apropiación. Sin esa intimidad no hay posible *amistad*, otra palabra que proviene de un adjetivo y que nos introduce de nuevo, por la memoria de los senderos de la tercera declinación, en la tensión latente de lo que cabría denominarse *la comunidad adjetiva*.

Más aún. Procurar espacios en los que siquiera poder defender (-se de) lo que uno es, una vez que se hace la experiencia de, en cierto modo, no serlo, cuestiona la relación entre el lenguaje y los modos de configuración de la subjetividad, como si fuera en dicho lenguaje donde prevaleciera nuestra última posibilidad, siempre las voces de lo postrero que no alcanza a llegar, a llegar a ser, a ser sin zanjar la cuestión del *quien*. Cuando “más íntimo” no quiere decir “más dentro”, la subjetividad se despliega histórica y lingüísticamente, en concreto como pliegue y, en esa medida, lenguaje. No se trata ya de preservar lo que somos, sino la existencia de su poder ser.

Ángel GABILONDO

De la pasión al signo

CHARLES ZARKA, Yves: *Hobbes y el pensamiento político moderno*. Ed. Herder, Barcelona, 1997, 328 pp.

Constituida como uno de los centros de interés fundamentales de la filosofía política moderna, la obra de Thomas Hobbes continúa siendo objeto de análisis e interpretación. Yves Charles Zarka, reputado conocedor de su pensamiento, recopila y funde en el presente volumen una serie de estudios en los que busca mos-